

E
S
T
R
E
L
L
A
S
C
I
N
E



ROBERT DONAT

BIGRAFIA Y ANECDOTAS



ROBERT DONAT

por Willy Spaulding

Advertencia previa

Por preciarme de veraz y sincero, antes de pasar a llenar cuartillas con el relato de la vida de este gran actor teatral y astro cinematográfico, quiero hacer constar que no me considero por completo autor de la biografía, pues está hecha, por decirlo así, a dúo; o dicho de otro modo, sin duda más exacto, es una autobiografía con acompañamiento de acotaciones. Por eso juzgo que antes y junto a mi nombre, después del «por», debería ir el del propio Donat.

Verdad es que podría escribirla sin recurrir a lo que ha dicho y contado Robert, o basándome en ello, pero la exactitud y la lealtad me aconsejan reproducir lo suyo — porque nadie puede saber de su vida más que él — e indicarlo en mi escrito para delimitar lo suyo y lo mío. Ahora bien, para

ROBERT DONAT

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS

evitar el repetir las frases «dices», «ha dicho», «según cuenta», etc., etc., que alargan y dan pesadez a los escritos, indicaré únicamente lo que es original del biografiado poniéndolo entre comillas, sin hacer otra mención más que en los casos absolutamente indispensables.

Se reducirá, pues, mi labor a escoger lo más interesante y sobresaliente de la autobiografía de Robert Donat, y adaptarlo y unir los trozos, concentrando lo suprimido y añadiendo lo que por modestia ha caído.

Satisfecha mi conciencia con esta declaración, paso a cumplir el cometido que al lector con justicia interesa.

Luchas, amores y triunfos del gran astro Robert Donat

Nació el 18 de marzo de 1905 en Withington, pintoresca población inglesa del condado de Lancaster, muy cercana a Manchester.

Tras de haber aprendido las primeras letras en su propio domicilio, a los nueve años fué enviado a la escuela. «Cada lunes, por la mañana, el maestro golpeaba fuertemente el pupitre con un puntero y

decía. ¡Los honorarios de la escuela, por favor! Entonces, cada uno de los alumnos le entregaba al profesor la cantidad de tres peniques, que era el precio de una semana de enseñanza. Para el que no pagaba, no había escuela. Y conste que no se admitían excusas.»

La escuela estaba situada muy lejos de la casa de Donat; tanto, que en tranvía se tardaban por lo menos treinta minutos. El hacía el camino a pie, porque sus padres eran pobres y si algún día tenía unas monedas las ahorraaba para unirlas a otras y con ellas poder ir al cine, que era su máxima pasión. Con el mismo fin, aunque lo tuviera y sintiera apetito, guardaba el medio penique que el portero de la escuela les cobraba por un tazón de chocolate. Esto era un lujo tentador y el cine lo consideraba una necesidad.

Sus padres, Ernesto y Rosa Donat, estaban alarmados por la pasión o manía que sentía por el cine, y procuraban distraerle de ella por todos los medios. Con esta intención le llevaron un día a una velada literaria en la que figuró prominentemente James Bernard. Poco pudieron sospechar que le llevaban hacia la iniciación de su carrera artística.

«Las composiciones recitadas le impresionaron tanto, que durante varios días no pudo pensar en otra cosa. Tanto habló de ello, que sus padres, haciendo un enorme sacrificio, me inscribieron en la clase de declamación de Mr. Bernard.»

Recuerda que tenía grande dificultad para aprender y recordar el papel que había de recitar, y para mejorar la memoria, empleó un método sencillo, que le resultó eficaz.

«Me fijaba en los nombres de las tiendas, garajes, edificios públicos, etc., frente a los que pasaba en mis viajes a la escuela. Pronto recordé tan bien la larga lista, que podía cerrar los ojos durante los veinte minutos de mi viaje y con exactitud decir el nombre de cada uno de los establecimientos por donde íbamos pasando, aunque de vez en cuando abría un ojo para asegurarme de que no me equivocaba.»

Las clases de declamación despertaron en Donat el deseo de ser actor. «Mr. Bernard hizo todo lo posible por fomentar este deseo. Estaba tan decidido como él a que las tablas fuesen su carrera. No sólo tuvo infinitas molestias para conseguirle una entrevista con el más famoso actor y director de escena de la época, Sir Frank Benson,

sino que convenció a este personaje de que debía oírle recitar.

»Más tarde supe que Sir Frank tuvo la amabilidad de decir que yo le había impresionado bastante, y que sólo en otra ocasión había escuchado a alguien con tanta habilidad dramática. Para mí, aquello significaba el éxito inmediato... y un porvenir seguro.

»En mi ignorancia, ni siquiera sospeché que estaba al principio de doce años de ardua lucha para darme a conocer. Naturalmente, ahora me alegro de que esos doce años hayan sido tan duros, porque fueron doce años de aprendizaje que no sólo me enseñaron lo que es ser actor, sino que me dieron a conocer el valor del éxito. En muchas ocasiones, el hambre me atormentaba... casi llegué a perder toda esperanza de encontrar trabajo... y hasta de vivir.

»Pero aunque no ignoro que es muy fácil decirlo después que ha pasado, no puedo negar que tales aventuras proporcionan la mejor experiencia en la vida, y forman un carácter, sin el cual el actor... o cualquiera otro ser humano, no puede fácilmente ir hacia adelante en sus esfuerzos de progreso.»

Hizo su primera aparición en las tablas

en el teatro «Príncipe de Gales», de Birmingham, el año 1921, en el mes de julio. El empleo se lo proporcionó el famoso Henry Baynton.

Cuenta, riendo, que a pesar del calor el teatro estaba lleno y que no olvidó el pavor que le produjo ver tanta gente.

«Yo representaba el papel de Lucio en «Julio César», y según parece hablaba muy bajo, pues después de la representación, el director de escena, Leonard Parrish, me llevó aparte y me dijo: «Si eso es lo más fuerte que puede hablar, será mejor que grite.»

Guy Charles era el empresario de la compañía, y al entregarle la primera paga—tres libras a la semana—, le dijo: «¡Sólo Dios sabe por qué te pagamos tanto dinero!» En realidad no lo mereces, muchacho.»

El le dió las gracias y, algo picado, aunque no lo confiese, le ofreció que correspondería a su generosidad cuando llegara a ser primer actor y empresario, dándole un empleo. Esto fué dicho a modo de lección, y resultó una profecía.

Quince años después cuando puso en escena «Noche roja» como empresario y protagonista, se enteró que Guy Charles estaba necesitado y en un sanatorio. Fué a verle

y le ofreció un puesto, que aceptó encantado. Según opinión de todos, la vuelta al teatro le salvó la vida.

Hasta 1923, dos años después de haber debutado en Birmingham, sus padres no le permitieron volver a la escena, porque opinaban que había empezado demasiado joven. James Bernard sirvió de nuevo de intermediario para que lograra un contrato con la compañía de Frank Benson. El sueldo era: ¡quince chelines semanales!

En la localidad a donde fueron, se alojó en el desván del Asilo para Marineros, y por él pagaba chelín y medio.

«Ese ha sido el cuarto más diminuto en que he vivido. Al entrar, tropezaba con la cama, y no había más remedio que subirse a ella. Para vestirme y desnudarme tenía forzosamente que sacar la cabeza por el tragaluz.»

Con Benson estuvo hasta 1928 y en este año tomó parte en varias representaciones, en un teatro de Londres.

En agosto del siguiente año, se casó con Ella Annesley Vovsey, celebrando la boda en Wilmslow, Chelshire. Su noviazgo es una romántica historia de amor que por falta de espacio me veo privado de relatar.

Poco después del casamiento la pareja obtuvo un buen contrato para actuar en el teatro «Festival», de Cambridge. Después decidieron probar fortuna en Londres.

«Teníamos ciento veinte libras esterlinas ahorradas y una oferta para trabajar con Mary Elles en el teatro «Ambassador», con un sueldo de quince libras por semana.

»Después de habernos instalado en un modesto piso y de pagar los acostumbrados depósitos por electricidad, gas, etc., quedé muy poco de nuestros ahorros. Pero seguimos dichosos y despreocupados... durante tres días.

»Aunque el día de la apertura el público reaccionó favorablemente, pronto decayó el entusiasmo, y al tercer día, vimos con espanto en el tablero de anuncios el boletín de cierre.

»Los meses siguientes fueron de pésima suerte para mí. Sufrí fracaso tras fracaso. Pero acercándose la fecha de venir al mundo nuestro primer vástago, me entró verdadera desesperación por obtener una entrada regular y segura de dinero, fuera de la forma que fuera.

Estimulado por esta firme resolución, tuve la osadía de presentar a Mr. Kenneth Barnes, de la Real Academia de Arte Dra-

mático, de que yo era un verdadero genio como maestro de declamación. Generosamente me encomendó la dirección de «Macbeth» para dos de las clases de principiantes.

»Esto duró nueve semanas... y salvó a la familia Donat de la miseria.»

Poco después obtuve un papel en «Precious bane» (Preciosa calamidad), que se representaba en un escenario londinense.

Casi simultáneamente recibí una oferta para ir a trabajar a unos estudios de Hollywood, pero la rehusé.

«La razón fué que en esa época acababa de tener mi primer éxito en la escena, en la obra citada, y, como es natural, no estaba dispuesto a dejar esta gran oportunidad para ir a Hollywood a iniciarme en algo que me parecía completamente inseguro.

»Pero el destino tiene sus caprichos. Apenas acababa de rechazar la oferta, cuando terminó la temporada de «Precious bane». Durante varias semanas estuve sin trabajo. Mi situación era desesperante. No conseguía ni la más remota esperanza para trabajar en los escenarios. Pensé también en la pantalla, pero era de todo punto imposible poder siquiera llegar a celebrar una

entrevista con los altos personajes de ella.

»Durante dos años consecutivos, con algunos intervalos, me tomaron pruebas cinematográficas que fueron rotundos fracasos. Mi trabajo en esas pruebas causaba hilaridades y en la ficha informativa de una de las compañías se hizo constar que, además de no ser fotogénico, era demasiado romántico.»

Durante largo tiempo deseó conocer a Alexander Korda, lográndolo por fin por medio de un agente.

»Francamente, comenzaba a desesperar, cuando un afortunado día me llamaron por teléfono de London Films para decirme que Korda deseaba verme para darme un papel en «Hombres del mañana», film de la vida de Oxford, dirigido por Leontino Sagan.»

Ese mismo año trabajó en otras dos películas: «Aquella noche en Londres» y «Dinero». Después le asignaron el papel de Culpeper en «La vida privada de Enrique octavo». En esta película, junto al gran Charles Laughton, trabajaban también Wendy Barrie, Binie Barnes y Elsa Lanchester, los cuales han llegado también a ser figuras de gran relieve en el cinema.

Al terminar esta película, volvió Donat a las tablas como protagonista de «The Slee-

ping Clergyman», obra que se representó durante siete meses consecutivos. El trabajo en ella le exigía un gran esfuerzo, por lo que al terminar la temporada, salió para Cornwall, dispuesto a descansar.

«Al partir dejé instrucciones de que bajo ningún concepto se me molestase por carta, telegrama o teléfono. Sin embargo, apenas llevaba una semana en Cornwall, cuando recibí una carta del jefe de publicidad de Korda en que me suplicaba que le llamara por teléfono. Le contesté en lacónica misiva, que estaba de vacaciones y no en viaje de negocios.

»Llegó otra carta, mucho más larga que la anterior, y a continuación un telegrama kilométrico en el que me pedían en nombre de Korda que regresara a Londres en el primer tren. Muy a pesar mío volví e inmediatamente me condujeron a la oficina privada del famoso productor-director.

»—¡Hola, Donat!—me dijo—. Le necesitamos a usted para hacer «El conde de Montecristo».

»No había leído la novela, pero no me atreví a decirselo, y me limité a preguntar:

»—¿Para qué papel me quieren?

»—Para el de conde.

»La respuesta me dejó tan estupefacto, que le pedí algunas horas para pensar si aceptaba la oferta.»

Apenas salió del edificio, se dedicó a correr por Londres en busca de un ejemplar de la obra, y como no la encontraba, un librero que la conocía me contó el argumento. Como le satisfizo, volvió a ver a Korda para decirle que estaba conforme y aceptaba a la propuesta.

A los pocos días emprendía Donat el viaje rumbo a Hollywood, en donde se había de rodar la adaptación a la pantalla.

Después de haber terminado «El conde de Montecristo» con gran éxito que hizo que su nombre resultara familiar para los aficionados al cine, le ofrecieron un magnífico contrato para aparecer en un escenario de Nueva York, pero él juzgó más conveniente el volver junto a su familia.

Pocas semanas después recibió una nueva proposición para tomar parte en «Mary Read», con Flora Robson. Donat ascendía los peldaños de la fama cada vez más rápidamente.

Al poco tiempo se hallaba trabajando con Madeleine Carroll en la magnífica película dirigida por Alfred Hitchcock, «Los treinta y

nueve escalones», en la que obtuvo mayor éxito aún que en las anteriores.

Sin embargo, la máxima popularidad, el entusiasmo y admiración de las multitudes había de lograrlos con la película de René Clair, «El fantasma va al Oeste», en el que tuvo de compañera a Jean Parker. Además al estrenarse en Londres, tuvo oportunidad de ser presentado a la reina María y a la duquesa de Kent, lo que para él es el éxito más resonante de su carrera.

Después de esta película se aventuró a ser actor y director, llevando a la pantalla e interpretando el papel de protagonista de «Caballero rojo». Esta obra, aunque buena, no entusiasmó al público inglés.

Tras de un corto período de descanso, apareció en la versión cinematográfica de «Knigh Without Armor», dirigida por Jacques Feyder, que en España se tituló «La condesa Alexandra».

Respecto a ella dice: «La parte que me tocó representar en esa película, me agradó mucho, pero lo que verdaderamente me satisfizo fué saber que la primera actriz sería Marlene Dietrich. Nunca había tenido oportunidad de conocerla personalmente, y al enterarme de que trabajaría con ella, sentí verdadera emoción.»

»Entonces me di cuenta de que miss Dietrich es realmente una admirable mujer. Es quieta, callada, discreta y tiene profundos conocimientos del arte cinematográfico.»

Otro intervalo de descanso tuvo después de «La condesa Alexandra», por propia voluntad de nuestro biografiado, pues le llovieron numerosísimas ofertas de Hollywood, todas las cuales rechazó por querer disfrutar de unas vacaciones, bien merecidas, y porque no deseaba salir de Inglaterra.

«Poco tiempo después de haber filmado «La condesa Alexandra» —dice— recibí un telegrama de Víctor Saville, quien se encontraba en Italia, diciéndome: «Acabo de leer «Ciudadela». He comprado los derechos para producir una película con usted.»

»Recibir este mensaje y comprar un ejemplar de dicho libro, todo fué uno. Lo leí con el interés que es de suponer y sentí viva emoción y contento al pensar que interpretaría el papel de Andrés Mauson. Al cabo de cierto tiempo supe que el autor, Dr. Cronin, había pensado también en mí como el más adecuado para desempeñar el papel.»

Aunque esta película no será estrenada en España hasta la actual temporada 1943-44, sabido es por los verdaderos aficionados

al cine, que «La ciudadela» obtuvo en todos los países en que se proyectó un fervoroso éxito, no sólo de público, sino también y especialmente de crítica, tanto por el acertado desarrollo de la trama como por la interpretación de los dos protagonistas, Rosalind Russell y Robert Donat.

No se habían acabado los aplausos en loor de «La ciudadela», cuando un nuevo triunfo de nuestro biografiado logró, si cabe, un mayor ensalzamiento de su nombre. «¡Adiós, Mr. Chips!», que así se titula la posterior película—que también será estrenada esta temporada en España—, sirvió para demostrar una vez más la altísima valía de su protagonista y que su encumbramiento era justamente merecido y no debido al favoritismo o a un capricho de la fortuna. En «¡Adiós, Mr. Chips!» se reveló también como figura excepcional la protagonista femenina, Green Garson, la que por sus dotes interpretativas obtuvo por su siguiente film, «Rosa de abalengo», el premio de la Academia de Arte y Ciencias Cinematográficas de Hollywood.

A pesar de haber llegado a la cumbre de la fama, Robert Donat no se ha engrasado, ni olvida lo difícil que es la lucha por la vida y está siempre dispuesto a prestar su

ayude a quien la necesite. Recientemente, los figurantes de una escena de su última película se negaron a cobrar el jornal de un día dejándolo a beneficio de un compañero. Se trataba de ayudar a un joven que por falta de recursos había tenido que abandonar los estudios en la Universidad de Oxford. Al enterarse Donat, dió orden al pagador que añadiese a la suma sus honorarios de una semana, que, como es de comprender, son bastante elevados. Este gesto fué imitado por los demás actores y actrices. Donat decía después: «Quién sabe si con nuestra fácil generosidad habremos contribuido a la formación intelectual del futuro Presidente del Consejo del Gobierno inglés!»

Es por naturaleza reservado, pero sus más atractivas características son su cautivadora y sincera sonrisa y la cordial bienvenida que brinda a todos, ya sean amigos o desconocidos.

Su mayor deleite, cuando no está entregado a su arte, es retirarse a su casa de campo y disfrutar en aquel delicioso retiro la vida tranquila del hogar, al lado de su familia.

FIN

MELODÍAS DEL DÍA

publica solamente los éxitos de actualidad.

Han aparecido números dedicados a:

Rafael Medina, Tito Guizar, Raúl Abril, Diecete Gallardo, Ramón Evaristo, Bonet de San Pedro, Manuel de Bianco, Pilarín Arcos, Carlos Gardel, Roberto Dan, Rina Celi, Alberto Roehi, Amanda Ledesma, Hugo del Carril y Bernard Hilda.

30 ctms.

VARIETADES

Publica solamente los éxitos de la canción española.

**Narcy - Mirco
M. de Wander - Tita Gracia
Alonso**

30 ctms.

No deje de coleccionar **ESTRELLAS**
DE CINE y tendrá Ud. un archivo
—— biográfico completo. ——

Números publicados:

ROBERT TAYLOR - MARLENE DIETRICH
GARY COOPER - CLAUDETTE COLBERT
LESLIE HOWARD - DIANA DURBIN
RAFAEL DURAN - MARUCHI FRESNO
CLARCK GABLE - IRENE DUNNE
CHARLES BOYER - CONCHITA MONTENEGRO
JOHN BOLES - MYRNA LOY - ROBERT DONAT

30 céntimos.

J. PALOU Editor - Barbará, 19 - Barcelona